

# DISPOSICIONES DEL CORAZÓN

## Reflexión para sacerdotes desde el Corazón de María

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



*«La parábola significa esto: la semilla es la palabra de Dios. Lo que cayó en el camino representa a los que escuchan la palabra, pero luego viene el diablo y se la lleva de sus corazones, para que no crean ni se salven. Lo que cayó en terreno pedregoso representa a los que, al escuchar la palabra, la reciben con alegría, pero no tienen raíz; son los que por algún tiempo creen, pero en el momento de la prueba, fallan. Lo que cayó entre espinos representa a los que escuchan la palabra, pero con los afanes, riquezas y placeres de la vida, se van ahogando y no dan fruto. Lo que cayó en tierra buena representa a los que escuchan la palabra, la conservan en un corazón bueno y bien dispuesto, y dan fruto por su constancia» (Lc 8, 11-15)*

**Hijo mío:** la Palabra es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que la escucha con un corazón dispuesto a recibirla, a abrazarla, a atesorarla, y pide la gracia para comprenderla y ponerla en práctica.

El Señor te ha enviado a predicarla, pero ¿de qué sirve que la grites desde las azoteas, que viajes por el mundo entero como buen misionero, llevándola a todos los pueblos, que prepares tu homilía como buen predicador, si no hay nadie dispuesto a escucharla, si no hay nadie que pueda comprenderla, si no hay oídos que escuchen tu voz, si no hay tierra buena para sembrar la semilla que te ha dado el Señor?

No basta que seas sacerdote.

No basta que realices tu trabajo con eficacia.

No basta que tengas fuerte voz.

No basta tu inteligencia ni tu capacidad de oratoria.

No bastan tus conocimientos de ética, de moral, de filosofía, de teología, de historia, de política actual.

No basta que tengas carisma para entretener a un público que no cree en lo que le dices.

Las palabras que salen de tu boca deben provenir de tu corazón.

Deben llamar la atención de tus fieles.

Deben atravesarles el corazón como una espada de dos filos.

Deben estar llenas de amor.

Deben invitar, llamar, convencer, conquistar, atraer, enseñar, provocar en las almas el calor del fuego de tu corazón, encendido en el amor de Cristo, que está vivo en ti, y es Él quien habla, quien predica, quien invita, quien convence, quien conquista y deja admirado a su auditorio, por la gracia que sobre ellos derrama.

Y para eso, hijo mío, se necesita una plena configuración con Él, a través de la oración, de la contemplación, de la

**adoración, de la escucha de la Palabra, que dé fruto en ti mismo y tengas bien dispuesto el corazón.**

**Se necesita tu constancia para abrir tus oídos y tu corazón. Deja que te atraviere esa espada de dos filos. No tengas miedo de abrir tu corazón, y de que seas por el amor de Dios herido, porque te aseguro que de tu corazón abierto brotarán ríos de misericordia para todo el pueblo.**

**Entonces te escucharán. Entonces abrirán sus corazones y estarán dispuestos a recibir la semilla que tú sembrarás en tierra buena, para que dé mucho fruto, y ese fruto permanezca.**

**Que el Espíritu Santo derrame sus dones sobre ti, te cubra con su sombra, y sea tu predicación la luz que vino al mundo, y que el mundo la reciba a través de ti.**

**Recuerda que la Palabra no se predica solo con la boca: debe ponerse en práctica, dar ejemplo con la propia vida.**

**Vive, hijo mío, en congruencia con lo que predicas. Tú eres tierra buena, deja que el Señor siembre su semilla en tu corazón. Escúchala y medítala.**

**Hará mucho bien a tu alma una diaria reflexión del Evangelio. Deja que la Palabra atraviere y transforme tu corazón. Verás los frutos de tu predicación.**

«Si la semilla se seca no es a causa del calor. Jesús no dijo que se secó a causa del calor, sino porque “no tiene raíz”. Si la palabra es ahogada no es por las zarzas sino por culpa de los que han dejado que crezca libremente. Con la voluntad tú puedes evitar que crezcan y hacer de la riqueza un uso conveniente. Por eso el Salvador no habla del “mundo” sino de los “afanes”, no de la “riqueza” sino de la “seducción de las riquezas”. No acusemos pues a las cosas en sí mismas, sino de la corrupción de nuestra conciencia...

Tú mismo ves que la causa de todo no es el sembrador, ni la semilla, sino la tierra que la recibe, es decir, las disposiciones de nuestro corazón. También ahí la bondad de Dios para con el hombre es inmensa puesto que, en lugar de exigir una

misma medida de virtud, acoge a los primeros, no rechaza a los segundos y da un lugar a los terceros...

Es preciso, pues, primero escuchar con atención la Palabra, después guardarla fielmente en la memoria, después ser valiente, después despreciar las riquezas y liberarse del amor a todos los bienes del mundo. Si Jesús pide en primer lugar y antes que todas las demás condiciones poner toda la atención en la Palabra, es que ésta es la condición necesaria. “¿Cómo creerán si antes no la han oído?” (Rm 10, 14). También nosotros, si no estamos atentos a lo que se nos dice, no sabremos cuales son los deberes que debemos cumplir. Tan sólo después llegan la valentía y el desprecio de los bienes del mundo. Si queremos sacar provecho de estas lecciones, seamos fuertes de todas maneras. Estemos atentos a la Palabra, hagamos que nuestras raíces crezcan en profundidad y desembaracémonos de todas las preocupaciones mundanas».

**(San Juan Crisóstomo, *Sermones sobre san Mateo*, n. 44)**

***¡Muéstrate Madre, María!***

*(Pastores, n. 249)*

[PASTORES: COLECCIÓN DE REFLEXIONES PARA SACERDOTES](#)

***La Compañía de María***  
Madre de los Sacerdotes

